

la Emperatriz á bordo de la *Novara* el 28 de Mayo, fueron las siguientes: Doña Dolores Quesada de Almonte, esposa del Gran Mariscal de la Corte; Doña Guadalupe Cervantes de Moran, marquesa de Vivanco; Doña Gertrudis Enriquez y Segura, condesa del Valle; y Doña Josefá Aguirre de Aguilar, esposa del Sr. Aguilar y Marocho, ministro plenipotenciario del Emperador cerca de la Santa Sede.

El 29 del mismo mes el Emperador se dignó condecorar con la Cruz de Caballero de Guadalupe al Sr. D. Domingo Bureau, Prefecto político de Veracruz.

Para terminar este capítulo insertarémos la carta que dirigió el Emperador al general Almonte nombrandole Gran Mariscal de la corte y Ministro de la Casa Imperial. Héla aquí:

“Mi querido general Almonte.—En los momentos en que recibo de vuestras manos los negocios del Imperio, me apresuro á daros ante el pais entero que os debe tan grandes obligaciones, una prueba pública de mi reconocimiento.

“He decidido nombraros Gran Mariscal de la Corte y Ministro de la Casa Imperial, remitiendoos con vuestro nombramiento los reglamentos é instrucciones que deberán guiaros en el cumplimiento de tan distinguidas funciones.

“Recibid, General, las seguridades de mi consideracion y aprecio.

“MAXIMILIANO.

“Abordo de la *Novara*, Mayo 28 de 1864.”



CAPITULO SEXTO.

Viaje de Noche.—Oscuridad y lluvia.—Rotura del carnage imperial.—Los indios con antorchas.—Los Emperadores en Córdoba.—Iluminacion y regocijo.—Los indios en la mesa imperial.—Palabras del Emperador á las autoridades.—Música y poesia.—Salida de Córdoba.—Arcos y flores—SS. MM en el Fortin.—El Prefecto de Orizaba.—Inmensa procesion.—Vistosa cabalgata.—Ceremonia en Escámela.—El Prefecto municipal y el Ayuntamiento de Orizaba.—Entrada en esta ciudad.—Los Emperadores en la Iglesia, en la calle y en Palacio.—Felicitaciones.—Palabras del Emperador á las autoridades de Orizaba.—Convidados á la mesa imperial.—Baile y fuegos de artificio.—Pascos á pié.—El Emperador y la Emperatriz en las Iglesias, en los Hospitales y en las Escuelas.—Carácter de los Soberanos.—Alegria de los indios.—Poesia.—Munificencia Imperial, donativos y gracias.—Salida de Orizaba.—Almuerzo en Acultzingo.—Chile y tortillas en la mesa imperial.—Subida de las Cumbres.—El Emperador y la Emperatriz á caballo.—SS. MM. en Puente Colorado.—Músicas, cohetes, repiques, arcos, campanarios ambulantes. etc. etc.

El 29 de Mayo á las diez y media de la mañana llegó la comitiva imperial á Loma-Alta, termino entonces del ferro-carril de Veracruz. Allí esperaba á SS. MM. el general Galvez á la cabeza de cien ginetes de su cuerpo. Al avistarse el wagon en que venian los Emperadores, el joven general los victoreó con entusiasmo, respondiendo los soldados á sus vivas, y uniendose á ellos los de la inmensa multitud que de toda la comarca habia acudido á aquel punto para saludar á los soberanos. El general Galvez fué presentado por el Gran Mariscal de la Corte á SS. MM. quienes le recibieron con bondadosas muestras de aprecio.

Poco despues de las doce las autoridades de Veracruz y las personas que las acompañaban, se despidieron para volver á su ciudad, y en aquel

momento se repitieron las aclamaciones, continuando en seguida su viaje la comitiva imperial en carruages. Los costados del camino estaban cubiertos á convenientes distancias por *Exploradores* del general Galvez: detrás del coche de SS. MM. marchaba un escuadron de la Guardia Imperial; el coronel de este cuerpo D. Miguel Lopez, cabalgaba á la derecha del carruage, y á la izquierda un capitán de *Exploradores*.

En el Camaron las casas y barracas estaban vistosamente adornadas, las tropas francesas formaban valla, en frente del cuartel habia un hermoso arco, y el Comandante francés de aquel punto hizo á SS. MM. los honores debidos. Las tropas francesas prorumpieron en vivas, que fueron repetidos por todos los habitantes del pueblo.

A las tres y media de la tarde llegaron los Emperadores á Paso del Macho, donde fueron recibidos por las autoridades de Córdoba, hallandose entre ellas el Comandante superior francés. Allí estaba dispuesta la comida, que se sirvió en un gran salon bastante bien adornado, y con un buen servicio de mesa.

Poco antes de las cinco salieron SS. MM. de Paso del Macho, donde se quedaron los ginetes del Sr. Galvez y el escuadron que los habian escoltado hasta aquel punto. Desde él formaron la escolta otro escuadron de la misma Guardia y uno de Lanceros de Orizaba, perteneciente á la Brigada Argüelles. Formaban parte de la comitiva imperial el general De Maussion, Comandante en jefe de la subdivision militar de Orizaba, y el general Galvez, quienes venian juntos en una Diligencia, detrás del coche de SS. MM.

Los Soberanos de México estaban á punto de salvar la zona ardiente y enfermiza, que se estiende por una triste llanura desde las playas del Golfo hasta las montañas. La habian atravesado bajo un sol abrasador, y debian estar tan fatigados del viage, como ansiosos de ver paisajes mas risueños, y de respirar aires mas puros: pero estaba dispuesto que aquel dia no tuvieran este consuelo, y un incidente harto desagradable aunque no precisamente desgraciado en sus consecuencias, vino á añadir un interés de nueva especie á las escenas de la jornada.

La noche habia cerrado, y la comitiva imperial avanzaba lentamente á oscuras por el desigual camino que serpentea entre los cerros. Encendieron velas, pero el viento las apagaba. Poco despues empezó á llover, y esto dobló la oscuridad de la noche, haciendo la marcha mas pesada y molesta. Al llegar al punto llamado San Alejo, como á quinientas varas del rio del mismo nombre, entre el Paraje y el Cerro del Chiquihuite, rompióse el eje del coche en que venian SS. MM. El Emperador y la Emperatriz se apearon, serenos y apacibles como siempre, sin dar importancia

ninguna á aquel contratiempo, que asustó por lo pronto y affigió mucho á todos los que los acompañaban. El caso no era para menos á tal hora y en tal sitio. Se trató de componer el eje roto, pero se vió que era imposible, porque no habia para ello á mano ni artifices ni materiales; y entonces se apearon los generales De Maussion y Galvez de la Diligencia en que venian, para que SS. MM. subieran en ella y continuáran la marcha.

Llegaron asi poco á poco hasta la hacienda del Potrero, donde se detuvieron algunos instantes para recibir á una comitiva de señoras y caballeros que allí los aguardaba con la familia del general Almonte; y en seguida continuaron su camino á la luz de las velas, que apagandose y encendiendose sin cesar alternativamente, mas servian para deslumbrar á los viajeros que para alumbrarlos.

Entretanto, el viento arreciaba y la lluvia seguia cayendo, de suerte que al llegar á un punto que se llama *Paraje nuevo*, no hubo vela capaz de arder un solo instante; todas se apagaron, y la comitiva imperial se quedó enteramente á oscuras: no se podia dar un paso mas, y fué preciso detenerse.

Durante todo este tiempo, y enmedio de estos incidentes, todos los que allí venian, se sentian mortificados de ver que tales molestias aguardáran á los augustos viajeros en su primer viage por su nueva patria: pero el Emperador y la Emperatriz estaban contentos, y su presencia y sus palabras derramaban la dicha en torno suyo.

Por fortuna llegaron á tiempo una multitud de indígenas enviados de Córdoba con hachones para alumbrar el camino. A la luz de sus antorchas que convirtieron la noche en dia, y al ruido de sus alegres aclamaciones, la comitiva imperial continuó su marcha sin tropiezo alguno, y llegó á Córdoba á las dos y media de la mañana.

El Ayuntamiento aguardaba en la garita, donde su presidente el Sr. D. José Julian Carrillo, entregó al Emperador las llaves de la ciudad, pronunciando un discurso análogo, al cual SS. MM. respondieron con palabras afectuosas.

La ciudad estaba brillantemente iluminada, y la calle principal se veia llena de gente, no obstante que muchas personas, cansadas de esperar y rendidas por el sueño, se habian retirado á sus casas. Despertaron sin embargo al ruido de las salvas, de los repiques, cohetes y aclamaciones que anunciaron la llegada de SS. MM., y el regocijo no tuvo límites cuando apareció la imperial comitiva enmedio de las filas inmensas de personas que con hachas venian escoltandola. Los arcos de ramos y flores levantados en toda la carrera, las casas llenas de luces, los balcones y ventanas adornados con vistosas colgaduras, los indios con sus antorchas, la pobla-

cion apiñada en el tránsito para ver á los jóvenes monarcas, y estos saludando bondadosamente á la multitud que los victoreaba con entusiasmo, todo presentaba un golpe de vista que no se puede bien describir.

En la habitacion destinada á los soberanos, habia una comision de señoras que recibió á la Emperatriz. Poco despues se sirvió un ligero refresco, y en seguida SS. MM. se retiraron á descansar. Bien lo habian menester, despues de una jornada tan larga y tan penosa por el ardiente clima de los tropicos.

La siguiente relacion dá bien á conocer lo que pasó aquella noche y el dia siguiente. Está hecha por un vecino de Córdoba, testigo de los acontecimientos, y se publicó algunos dias despues en un periódico de Orizaba, de donde la tomamos:

“Luego que se supo en Córdoba el arribo de SS. MM. al puerto de Veracruz, cuya noticia circuló electricamente por toda la ciudad, comenzaron á prepararse todos los arcos triunfales que los vecinos y los pueblos del distrito tenian dispuestos ya de ante mano para colocarlos en sus respectivos lugares, disputandose á porfia la preferencia que cada uno deseaba tener, á fin de que fuese visto mas detenidamente por SS. MM. Desde ese mismo momento se observó un movimiento extraordinario en todas las clases y una ansiedad casi delirante porque llegase el momento solemne de la entrada para conocer á los ilustres viajeros: así es que la calle principal desde la plaza hasta la garita de Veracruz, fué recorrida constantemente por todas las familias desde las tres de la tarde que se anunció la entrada de SS. MM. hasta las nueve de la noche que un incidente desagradable interrumpió por un momento tan gratos placeres. Un fuerte aguacero descompuso las calles del tránsito, y esta circunstancia hizo que todo el mundo se retirase á sus casas mientras tanto volvian los momentos de gozo. En efecto, desapareció el agua y fué sustituida con la resplandeciente aurora que asomó enmedio de las espesas nubes que cubrian la admosfera, haciendo un contraste agradable y caprichoso el reflejo de las estrellas con el de las luces artificiales que adornaban toda la ciudad. Como por encanto aparecieron de nuevo multitud de familias que ocuparon toda la calle principal cantando y tocando en las puertas y ventanas de las casas; otras conservando el lugar mas inmediato en el cementerio de la parroquia; otras que desde las oraciones de la noche tomaron posesion del corredor interior del palacio para ver mas de cerca á SS. MM.; y muchos en fin procurando distraer el sueño, se mantuvieron á pié parado en la plaza principal hasta los dos y media de la mañana que tuvo efecto la entrada de los ilustres personajes que deseaban conocer.

“Sorprendente fué á la verdad el acto en que SS. MM. se dieron á conocer. El primer estallido del cañon que anunció el momento supremo, y los repiques generalizados en todos los templos, conmovieron de tal manera los animos, que muchas personas de las que ya se habian retirado á dormir porque perdieron la esperanza de que SS. MM. llegaran esa noche, se les vió aparecer de nuevo en las calles, de manera que la hora avanzada de la noche no fué un obstáculo para que dejase de conocer el mundo que en Córdoba reinaba el mayor entusiasmo para recibir con gusto á tan nobles y dignos soberanos. Sonó la campana del reloj, dieron las dos y media de la madrugada, y á esta hora se observó una comitiva procesional que entraba á la plaza. Una valla de mas de doscientas luces alumbraba el paso á los carruages. El Ilustre Ayuntamiento que con oportunidad se situó en la garita de Veracruz, tuvo el honor de recibir allí á SS. MM. entregandoles las llaves de la ciudad, previa una allocucion análoga que pronunció en aquel acto su presidente D. José Julian Carrillo, la cual fué contestada por SS. MM. satisfactoriamente, sintiendo sobremanera las molestias que habian causado con su demora hasta esa hora tan avanzada. Continuaron la marcha hasta la puerta principal del palacio que se les tenia preparado, en donde fueron recibidos por S. A. el Lugarteniente general D. Juan N. Almonte, general Woll, general Salas y multitud de personas que allí esperaban. Al aparecer SS. MM. en el carruaje, fueron saludados por el pueblo con entusiastas vivas y aclamaciones, y no obstante la guardia de honor que custodiaba el palacio, se agrupó aquel conduciendo á los ilustres personajes hasta el pié de la escalera, en donde una comision de señoras adornadas con esquisitos trajes recibieron á SS. MM. dandoles la bienvenida por su feliz viaje. Las expresiones vertidas por SS. MM. en ese acto, hicieron tal impresion en todos los concurrentes, que algunas lágrimas se vieron asomar á los ojos. SS. MM. repitieron que sentian mucho las molestias que habian causado con su demora, pero que esta fué debida al accidente de haberse desgranado una rueda del carruaje. Estas palabras que fueron expresadas de un modo tan afable, tan dulce y tan prudente, hicieron un efecto tan extraordinario en la concurrencia, que hubo personas á quienes solo se les oyó decir en aquellos momentos: “solo para visto se puede creer lo que ha pasado, estos son los redentores de México, verlos y amarlos todo es lo mismo.”

“Muy complacidos estuvieron SS. MM. al ver que en los estrechos limites de Córdoba, en medio de tanta miseria y circundada de ruinas por las frecuentes guerras civiles (estas fueron las palabras de la Emperatriz) haya podido preparar un hospedaje tan lucido, tan decente y tan cómodo. Estas expresiones y otras muchas de consuelo y esperanza, que virtieron ambos personajes, fueron el mejor presente que pudieron hacer á la con-

currencia, que á pocos momentos se disolvió á causa de que SS. MM. asi lo manifestaron en razon de que deseaban descansar.

“Al dia siguiente tuvo lugar un solemne Te-Deum y misa que celebró el señor cura párroco, á cuyo acto asistieron SS. MM. acompañados de todas las autoridades y el pueblo que se agrupó á su derredor. La iglesia estaba llena de un inmenso pueblo, muy especialmente del sexo femenino que tuvo interés en colocarse frente al dosel en que estaban SS. MM., quienes tuvieron ocasion de observar el respeto y veneracion con que la multitud veia á las ilustres personas que vienen á prodigar en México los grandiosos beneficios de la paz y tranquilidad.

“Concluida la ceremonia religiosa, volvieron SS. MM. al palacio, en donde tuvieron lugar las felicitaciones mas respetuosas. Allí hablaron afectuosamente SS. MM. á cada una de las personas visitantes, y fué de notarse una circunstancia que llamó altamente la atencion. S. M. la Emperatriz habló detenidamente con dos alcaldes indígenas de los pueblos de Amatlán y Calcahualco, preguntandoles sobre los ramos que forman la riqueza de sus respectivos pueblos, y contestaron estos tan satisfactoriamente y en términos tan breves y concisos, que S. M. los designó para que asistieran á la mesa de ese dia, haciendoles conocer que eran dignos de tal preferencia. La comida tuvo lugar á las siete de la noche y terminó á las nueve. Al frente del palacio se situaron las músicas militares y las de los pueblos del Distrito, tocando alternativamente hasta las once y media de la noche que SS. MM. se retiraron á descansar.

“Al dia siguiente, á las ocho de la mañana, partieron SS. MM. para Orizaba, dejando en esta ciudad recuerdos de grata memoria.”

Otra relacion se publicó en un periodico de México (*El Pájaro Verde*) precedida de una comunicacion del Sr. ministro de Estado, en que daba las gracias á los Cordobeses, á nombre de SS. MM. por las demostraciones de adhesion y lealtad que habian hecho. Este relato completa el anterior, y se copia aqui del citado periodico:

“Señores redactores del *Pájaro Verde*.—Córdoba, 18 de Junio de 1864.
—Muy señores míos y de mi aprecio:—He de merecer á Vdes. se sirvan insertar en su apreciable periodico el siguiente articulo relativo á la entrada de SS. MM. II. en esta ciudad de Córdoba.—Su seguro servidor que afectuoso B. SS. MM.—*B. de T.*”

“Córdoba, Junio 4 de 1864.—El Exmo. Sr. ministro de Estado, en comunicacion de 2 del actual, y desde Orizaba, dice á esta prefectura lo que copio:

“Con gusto han visto los augustos soberanos la buena acogida que los habitantes y autoridades de Córdoba les han hecho á su llegada á esa ciudad.

“SS. MM. me encargan lo participe asi á vd., dandole las gracias, lo mismo que á los habitantes todos de ese distrito por su amabilidad.

“Dios guarde á vd. muchos años.—*Velazquez de Leon.*”

“Y lo participo á vd. para su conocimiento y satisfaccion.—Por acuerdo del señor prefecto político: *José María Salmeron*, secretario.—Sr. administrador principal de correos de esta ciudad.—Presente.”

“La precedente nota oficial del Exmo. Sr. ministro de Estado da á conocer bastante que Córdoba no ha sido indiferente al feliz y suspirado advenimiento del preclaro soberano de México y su augusta esposa Carlota Amalia, y que tomó la parte que corresponderle pudo en un acontecimiento verdaderamente notable para la historia de nuestro pais, acogiendo con todo afecto sus buenos hijos á los esclarecidos huéspedes, que se presentaron á las puertas de su ciudad para tomar descanso del largo viage emprendido desde allende los mares, con el fin plausible de procurar á la nacion mexicana los grandes bienes de la paz, de la verdadera libertad y del positivo progreso.

“De desear habria sido para los cordobeses haber tenido las suficientes posibilidades para hacer á los personajes ilustres una recepcion cual se merecen, ora por su elevadísimo caracter, ora por las dotes y cualidades que los distinguen. Sin embargo, procedieron en esta ocasion, si no con la amplitud apetecida, al menos con el interés consecuente al objeto, para el cual era de un deber y de la urbanidad aprestarse. Quede enhorabuena para otras poblaciones de mas rango y de mas facultades, la gloria de haber concurrido á esta solemnidad de una manera esplendente, mientras que Córdoba tiene, no obstante, la noble satisfaccion de que presentó á sus dignos soberanos las muestras de reconocimiento, fidelidad, amor y sumision por medio de demostraciones sinceras, que deja acreditadas la comunicacion oficial del Exmo. Sr. ministro de Estado, con que principia este articulo.

“Los cordobeses quisieran guardar silencio en sus manifestaciones hechas al arribo á esta ciudad de SS. MM. II., siguiendo el principio de moderacion á que se juzgaron inclinados, y permanecerian del propio modo, si no vieran como desapercibido cuanto pudieron hacer ellos y los pueblos de su distrito, en obsequio y atencion de los huéspedes imperiales, y por ese justo motivo, sin que se entienda que los estimulan ideas de presuncion, ni de privado interés, y sí el espíritu patricio, se encargan desde luego de

hacer la siguiente sucinta reseña de los actos de festejo con que pudo lucirse el recibimiento de los augustos soberanos á su paso por esta ciudad.

“Dos edificios de los principales, preparados con el gusto y la elegancia compatibles con los elementos de una corta poblacion, fueron el alojamiento imperial dispuesto al servicio de los augustos soberanos. En este edificio y en los demas públicos, flotaba el pabellón nacional, adornados el palacio imperial y la galería municipal con cuadros históricos y retratos de los heroes mexicanos, y colocadas banderas mexicanas y francesas.

“En los ángulos de la Plaza de Armas se pusieron cuatro hermosos arcos de triunfo, y en toda la carrera de entrada y salida de la ciudad los habia hasta cerca de garitas dispuestos por los pueblos del distrito, algunos de ellos con inscripciones alegóricas y bien formadas.

“Las casas particulares eran vestidas de gala en la mayor parte de la ciudad.

“Al mismo tiempo que ésta hacia sus preparativos, se adelantaban comisionados á la estancia de Paso del Macho, á ocho leguas al Oriente de esta poblacion, para disponer y servir á los personajes imperiales un almuerzo á la sombra de una vela improvisada en aquel punto.

“El 29 de Mayo último, por la tarde, era esperado en esta ciudad el cortejo imperial y la entrada de SS. MM. Comenzó la ansiedad del pueblo en general por ver llegar á sus soberanos y conocerlos, aumentandose esta á medida que transcurria el tiempo. El telégrafo de vez en cuando anunciaba el motivo del retardo, y uno que otro pasajero indicaba el próximo arribo. Asi pasó la tarde y sucedió la noche, en la que principió á aparecer la ciudad toda iluminada, porque aunque sus habitantes vacilaban en la llegada de los soberanos, quisieron siempre hacer lucir sus disposiciones para recibirlos, alentados por el entusiasmo de que se encontraban animados.

“La noche prima y media que se presentó serena y radiantes las estrellas, como augurio del gran día en que México alcanzar pueda una paz y una felicidad perdurables, corria la misma suerte que la tarde, pareciendo ya inesperable el deseado arribo de la imperial caravana.

“El Sr. prefecto político D. José Hurtado de Mendoza y otras personas habian partido ya á su encuentro hasta Paso del Macho, quedando el señor subprefecto de Huatusco encargado de lo relativo á esta ciudad, mientras que el ilustre ayuntamiento, señores cura párroco, juez de 1.^a instancia, funcionarios públicos, autoridades y comisiones de los pueblos del distrito y varios particulares, la esperaban en una de las calles avanzadas de la carrera de entrada.

“Por fin, á las dos y cuarto de la madrugada sonó el primer cañonazo de la salva imperial: el pueblo que desesperaba de la entrada triunfal, y que parte de él se habia retirado de la pública espectacion, se agrupó de nuevo. El señor presidente del ilustre ayuntamiento D. José Julian Carrillo, cumplimentó su mision de dar la bienvenida á nuestros soberanos, y de poner en manos de S. M. el Emperador las llaves de la ciudad, como prueba de sumision y de confianza al régio padre de los pueblos mexicanos, que le esperan como el remedio de sus infortunios y desgracias, formando-se desde allí la numerosa caravana enmedio de vivas aclamaciones, de un repique general y al frente de las tropas colocadas en valla, que era conducida por las calles y plaza principal, hasta la casa imperial, cerrando este concurso la escolta de dragones mexicanos.

“Los Sres. mariscal Almonte, y generales Woll y Salas, que adelantaron su llegada, y las comisiones del ilustre ayuntamiento y de señoras, recibieron á los ilustres soberanos al desmontar de su carroza y á la entrada de palacio.

“Eran ya las tres de la mañana, y aun lucia bien la buena iluminacion de la ciudad, terminandose el festejo de la recepcion.

“A las doce del día 30, memorable para Córdoba, pues ademas de la solemnidad que la ocupára, fué dia del Santo titular de S. M. el Emperador, pasaron los ilustres y religiosos soberanos al templo parroquial, y asistieron bajo dosel á la solemnidad de la misa que dijo el señor cura, y al himno sagrado en concurrencia popular; despues de lo cual se retiró la comitiva á palacio, y fueron hechas á SS. MM. II. por las autoridades, cordiales felicitaciones.

“En la tarde no salieron de su alojamiento los soberanos de México, sin duda por el cansancio que les ocasionára el rápido y molesto viaje que hicieron de Veracruz á esta ciudad, y por no haber dormido. A las siete de la noche se sirvió una esmerada mesa de cuarenta cubiertos, tocando la suerte de concurrir á ella á los alcaldes de los pueblos de Amatlán de los Reyes y de Calcahualco por disposicion de S. M., demostrando el Emperador con este hecho, con su cortesía y con sus maneras de caballerosidad para con todos, la popularidad que le caracteriza. La iluminacion y la música militar pusieron término á la funcion.

“A las siete de la mañana del siguiente día 31, anunció la detonacion de la artillería la marcha de la comitiva, que fué saludada á su despedida, y acompañada con las músicas de algunos pueblos, hasta la garita de San José, siguiendo unidos á ella hácia Orizaba, el señor prefecto político y otros individuos de la poblacion.

“Córdoba, pues, y su distrito han llenado sus deberes de reconocimiento, presentando á sus dignos soberanos una bien merecida ovacion, y sin du-

da se complace, y mucho, de haberlos conocido y de poseerlos en las veintisiete horas que permanecieron en su recinto, dejandoles recuerdos inapreciables que forman un nuevo timbre de su historia, sin tener el desagrado de que en alguna circunstancia hubiera sido en este día de regocijo público alterado el orden y la buena inteligencia de sus hijos."

Por último, el Sr. Iglesias decia en su Diario citado en el capítulo anterior:

"Día 30.—Determinaron SS. MM. se cantara un *Te-Deum* en accion de gracias por su feliz arribo á su nueva patria, no habiendose verificado este acto en Veracruz, como deseaban, por el peligro que habia en permanecer allí. A las diez y media fueron, en efecto, SS. MM. acompañados de todo el séquito á la parroquia, donde se verificó aquel acto religioso con la posible solemnidad, y terminado volvieron SS. MM. al palacio, y allí recibieron á las autoridades y ayuntamiento, á cuyas felicitaciones contestó el Emperador.

"En la noche hubo una comida de cuarenta cubiertos, á la que concurrieron las principales autoridades y personas notables de la poblacion, y por mandato expreso del Emperador dos alcaldes indios. Era un espectáculo verdaderamente interesante ver á nuestros jóvenes soberanos, acostumbrados á comer acompañados de la mejor sociedad de Europa y de personajes de importancia, sentados hoy al lado de unos pobres indígenas, vestidos con sus trages peculiares. Esta nueva prueba de consideracion hácia esta raza que ha sido tan despreciada, y que, sin embargo, forma una gran parte del pueblo mexicano, les ha captado muchas simpatias."

Nada hay que agregar á estas relaciones, sino que las palabras que el Emperador se dignó dirigir á las autoridades de Córdoba contestando á sus discursos de felicitacion, fueron las siguientes:

A las Autoridades de Córdoba.

"Con verdadero placer os vemos, señores, juntos á nuestro derredor, y aceptamos vuestros buenos deseos. Sea de paz y de dulce confianza aquel día feliz en que me hallo por primera vez entre vosotros y en el seno de mi nueva y hermosa patria.—Mexicano de todo corazón, es mi primero y mas ardiente voto que todos mis compatriotas se unan á mi lado para poder con celo y perseverancia, y sobre bases libres correspondientes á nues-

tra época, trabajar por el bien de nuestra noble patria. En esta accion simultanea se hallará nuestra fuerza y nuestro porvenir. Vosotros, señores, que sois los representantes de este distrito y ciudad, teneis ante todo que dar á vuestros conciudadanos el ejemplo de la union, del celo y de un verdadero patriotismo."

Al Ayuntamiento.

"Con sincero gusto os saludamos, señores. Los sagrados deberes que nos ha impuesto la nacion mexicana, y á los cuales nos queremos entregar con entera y leal abnegacion, nos llaman pronto á la capital del Imperio: no podemos, pues, lo siento, permanecer largo tiempo en vuestra hermosa é interesante ciudad. Decid, sin embargo, á vuestros conciudadanos, que la Emperatriz y yo nos proponemos dentro de poco, pasar algunos dias entre vosotros, y que entonces será para mí una agradable tarea y un deber el estudiar las necesidades y los deseos de la ciudad y de sus dependencias."

Numerosas bandas de música, ya de los cuerpos militares, ya de los pueblos indígenas, realzaron los festejos con que la ciudad de Córdoba obsequió á los soberanos. La poesia les consagró tambien sus inspiraciones. Hé aquí una composicion de D. José Joaquín Torrente, que se publicó algunos dias despues en México, y que insertamos aquí, porque debe figurar entre los obsequios de la ciudad de Córdoba:

CÓRDOBA Á SS. MM.

Revuelto está el Océano: ronco trueno
Anuncia estrepitoso la tormenta:
El huracan desátase, y las nubes
Despiden á torrentes lluvia densa.

El rayo furibundo se desprende,
Y culebreando en el nublado espacio,
Parece desafiar al mar inquieto
Que furioso al combate está brindando.

En tanto, ¡destrozada rica nave
A sumerjirse en el abismo va,
Pues sin timon camina y al acaso
En medio la terrible tempestad.

Y aquellos que la montan, preocupados
 En combatir entre ellos mas y mas,
 El peligro no ven que los amaga
 Y con ellos de fijo acabará.

Y se hieren hermanos con hermanos
 Derramando su sangre sin piedad,
 Mientras que la hambre, la miseria en ellos
 Su saña fiera recebando está.

Dios que contempla en la celeste altura
 La desgracia que oprime á aquesta gente,
 Siente su padecer y su amargura
 Y le tiende su mano omnipotente.
 En tan sublime instante el sol fulgura
 Que aparece radioso en el Oriente;
 Entra la mar en bonancible calma,
 Y con la paz embriégase nuestra alma.

Del Sol tan esplendente que ha salvado
 De las borrascas nuestra patria amada,
 Hoy, mexicanos, hemos contemplado
 El fuego abrasador de su mirada;
 America olvidando su pasado,
 Ora se encuentra alegre, engalanada
 Con su mejor vestido y con sus flores,
 Reina sublime del vergel de amores.

Del lago de Texcoco hácia la orilla
 Tiene su trono tan esbelta diosa;
 En él, Señor, aun la opulencia brilla
 De la que fué Tenoxtitlan hermosa:
 Nosotros doblegamos la rodilla
 Ante la Virgen sin rival graciosa;
 Y tú, Señor, admites el presente
 De ser Emperador en Occidente.

Esta es la perla que admiró el guerrero,
 El célebre español de Estremadura,
 Cuando pisó sus playas el primero
 Y conquistóla con audaz ventura.
 Esta es la que admirára el estrangero,
 Al contemplar la brillantez y holgura

De que gozaba con grandeza suma
 El rey de los aztecas, Moctezuma.

Esta es la que veneran las Antillas,
 La flor entre las flores á millares;
 En ella encontrarás mil maravillas
 Que guardan avanzados los dos mares.
 De plumas de oro, fnácar y amarillas
 Entonan aves mil tiernos cantares,
 Y hay colinas y valles y bajíos,
 Lagos, arroyos y anchurosos rios.

Hay minas de oro y plata, y perlas finas
 Se pescan hácia el Sur en el Oceano;
 Hay diamantes, rubíes, venturinas,
 Y es tan feraz el suelo americano,
 Que allá en el Orizaba sobre ruinas
 Nace el encino y crece corpulento
 Desafiando orgulloso al firmamento.

.....

 Del volcan de Orizaba, tan gigante
 Que se mira blanquear desde el Oceano,
 Hay una poblacion no muy distante,
 Vergel del continente americano:
 De tal tierra, señor, soy fiel amante;
 Pienso que la marcó Dios con su mano,
 Y pienso ser igual á la que daba
 El demonio á Jesus si lo adoraba.

Pienso que en ella del Edem lucido
 Existen vistosísimos despojos,
 De aquel paraiso por Adan perdido,
 Al provocar de Dios justos enojos.
 Esa tierra, señor, donde he nacido,
 Do contempláran el zenit mis ojos,
 Es Córdoba, fundada por los grandes
 Que designó el virey Diego Fernandez.

Es Córdoba, señor, mi patria hermosa,
 Que produce el café, tabaco y caña;
 Era en el otro siglo poderosa,
 Cuando el gobierno de la vieja España:

Hoy se presenta triste y angustiosa,
Destruída por la horrísima campaña
Que hemos tenido hermanos con hermanos
En nuestro propio hogar los mexicanos.

Hoy se presenta triste, desgraciada,
Pero debe tornarse á la opulencia,
Pues que por tí será considerada,
Y la verás con ojos de clemencia.
¡Ampara, gran Señor, mi patria amada!
¡Vuélvele compasivo la existencia!
¡Un Cordobes que mucho ha padecido,
Implora, ruega por su país querido!

¡Ampara al continente americano
Que ora se acoje á tu benigna sombra!
A este pueblo católico cristiano,
Que á su Señor con entusiasmo nombra.
El te quiere, Señor, por soberano
De este vergel de matizada alfombra,
Y acatará tus leyes anhelante
Desde un Oceano hasta el opuesto atlante.

Orden y libertad es tu divisa;
Pero esa libertad bien entendida
Que á todas las naciones simpatiza
Porque las llena de placer y vida:
Aquella libertad que patentiza
La brillante virtud, prenda escogida
Para alumbrar al mundo con su luz
Por el Hijo de Dios muerto en la cruz.

Espléndido y alegre y venturoso,
De orden y libertad es tu camino,
Y orden y libertad siempre dichoso
Harán del continente su destino.
De nuestras glorias y eternal reposo
En tu mirada franca se lee el sino....
¡Dios te guarde, prorumpe el mexicano,
Augusto Emperador Maximiliano!

Y Dios guarde á la estrella refulgente
Que te acampaña ¡oh sol! en tu carrera;

Aurora luminosa del Oriente
Que contemplamos por la vez primera.
¡Dios guarde á la princesa en Occidente,
Sublime Emperatriz y compañera
Del ser en quien ciframos la esperanza
De un porvenir de paz y bienandanza.

Sentimos no tener mas datos para describir mejor lo que Córdoba hizo en aquellos dias para obsequiar á los augustos monarcas. Solo dirémos para terminar, que SS. MM. se mostraron en extremo complacidos con los testimonios de amor y lealtad que allí recibieron, y que el Emperador honró pocos dias despues á la ciudad y al distrito en la persona de su digno Prefecto el Sr. Hurtado de Mendoza, condecorandole con la Cruz de caballero de la Orden de Guadalupe.

Orizaba habia pensado que seria la primera poblacion del Imperio en que descansáran los soberanos despues de su largo viage, porque se habia dicho que despues de desembarcar en Veracruz, no se detendrian sino en el primer punto que estuviera enteramente libre del vomito, y este punto es Orizaba, segun lo tiene acreditado la experiencia.

La bondad del Emperador y la fortuna de Córdoba lo dispusieron de otro modo, como acabamos de verlo. Dignos eran de esta fortuna los habitantes de la antigua villa, hoy ciudad, que lleva el nombre de un virey célebre á quien debe su origen, y á Orizaba no le pesó de que tuviera esta dicha su buena hermana, aun á costa de aplazar para otro dia la suya propia.

El dia 31 de Mayo la ciudad de Orizaba amaneció de fiesta, y se puso á esperar, adornada con sus mejores galas, á los augustos viajeros. Se habia dicho que saldrian á las ocho de la mañana, pero nadie lo sabia fijamente.

“Un aviso de la prefectura (decia el *Indicador*) que se fijó en las esquinas desde muy temprano, decia que la salida de Córdoba se anunciaria aqui por medio de cohetes que se tirarian en la Plaza, y de ciertas señales que harian las campanas de la Parroquia. El público en consecuencia estuvo pendiente de los cohetes y de las campanas.

“A las ocho oyeronse distintamente las dos señales convenidas. En aquel momento salian de Córdoba los soberanos. Muchas personas lo sabian ya, antes que sonáran las campanas y los cohetes.

“Desde entonces la gente se agolpó en la calle Principal, donde estaba tendida la tropa, mientras que otros muchos tomaron el camino de Escamela, ya á pié, ya á caballo, para ver cuanto antes á los augustos huéspedes.”

Desde temprano el Sr. prefecto político D. Ramon María Seoane, acompañado de su secretario el Sr. D. Maclovio Lopez, habia salido al encuentro de SS. MM. hasta la Barranca de Villegas, limite de los Distritos de Orizaba y Córdoba, y punto situado casi á la mitad del camino entre las dos ciudades. Acompañaron tambien al Prefecto los Sres. Conde del Valle; D. Anastasio Amador, Subprefecto de Zongolica; D. José María Cid, cura de Santa Ana Atzacan; el Presbitero D. Mariano Rodriguez; D. Juan Perez y D. Baltazar Romero, jueces de Atzacan; D. Felix Corona y D. Agustin Rodriguez, Regidores de aquella municipalidad; D. Santiago Trinidad, sindico, y D. Teodoro Bello, secretario.

Poco despues salió hasta la garita de Escamela el Sr. prefecto municipal D. Avelino Herrera, para entregar allí al Soberano las llaves de la ciudad. Le acompañaban los Sres. D. Manuel Carrillo, D. Francisco Bravo, D. Mariano Rios, D. Manuel Aguilar, D. Luis Cervantes, D. Manuel Eizaguirre, D. Juan Martinez y D. Pedro Espinosa, regidores del Ayuntamiento, y D. José Luis Ituarte, sindico. No asistieron los regidores D. Ambrosio Tejeda y D. Silvestre Moreno, ni el sindico D. Pedro Paz, el primero por estar ausente en la capital.

Una multitud inmensa bullia en la calle Principal, la de los Dolores, la de Santa Gertrudis y en la calzada de este nombre hasta la garita de Escamela, y distinguianse entre aquella gente los innumerables indios de toda la comarca, que habian venido á conocer á los soberanos.

Para entretener el tiempo la multitud que aguardaba en calles, ventananas y balcones, hacia la cuenta de lo que podrian tardar SS. MM. en andar las cinco leguas que separan á Córdoba de Orizaba. (*El Indicador.*) (*)

“Tardarán tres horas”—decia uno—“á las once están aquí.”

—“Imposible”—respondia otro—“¿quiere vd. que vengan á escape? Estarán aquí á las doce, y gracias.”

—“No saben vdes. lo que dicen”—agregaba un tercero—“los soberanos caminan con suma rapidez en sus magníficas carrozas, tiradas por briosísimos caballos: á las diez los tenemos aquí.”

(*) El que escribe esto, puede hacer de los artículos del INDICADOR el uso libre que estan viendo los lectores: puede corregirlos y enmendarlos, siempre que le parezca conveniente, y por eso no se copian aquí á la letra como los de otros periódicos, porque respecto de otros no tiene el mismo derecho.

“Discutiendo este punto pasaron larguísimo rato la mayor parte de los espectadores; pero esta materia se agotó, y despues todos tuvieron ocasion de observar una cosa que entristeció algo sus alegres pensamientos.

“El tiempo estaba hermoso, pero ligeramente nublado, circunstancia que si por un lado era favorable para el lucimiento y comodidad de la gran ceremonia, por otro venia á infundir serios temores de que se malograra.

“Todos miraban al cielo y escudriñaban las nubes.—“Tardan mucho, decian, y puede descomponerse el tiempo; y si llueve, todo se echará á perder.”

“Esta reflexion desconsolaba á la multitud y aumentaba su impaciencia.

“Durante todo este tiempo, muchos pudieron distraerse viendo los adornos con que la ciudad se preparaba á recibir á los soberanos. No eran notables por lo magníficos, pero tenian que ver por lo pintorescos, y bien merecen una rápida descripcion mientras llega el momento solemne de la entrada.

“Cerca de la garita de Escamela, y en el llano que lleva este nombre, habia un hermoso arco con inscripciones y banderolas, y adornaban otros la calzada de Santa Gertrudis, principal avenida de la ciudad por el Oriente. Al empezar la calle de los Dolores habia uno sobre el cual se leia en letras de oro por un lado, *Viva el Emperador*, y por otro *Viva la Emperatriz*. En la calle Principal y junto á la esquina de la de Jalapilla, habia otro arco, notable por sus formas monumentales, sobre el cual aparecia el escudo de armas del Imperio con este lema que es el adoptado por el Emperador: *la equidad en la justicia*. Todo el resto de la calle Principal estaba lleno de otros arcos formados con largos postes cubiertos de ramos verdes, y llenos de coronas hechas con la raiz de una especie de juncos ó espadañas, siendo digno de atencion el que se encontraba frente á la puerta del edificio en que se alojaron SS. MM. Con arcos de la misma forma estaba cubierta toda la calle de las Damas hasta la puerta de la Parroquia.

“Hay que advertir que todos estos arcos han sido hechos por los indios de las inmediaciones, y no solo los han hecho, sino que los han traído al hombro desde sus aldeas, y los han plantado ellos mismos en las calles de la ciudad. Los indios de diez ó doce leguas á la redonda han venido á tributar este homenaje al soberano. Ellos son los que con fé mas sencilla y mas pura creen en el Imperio, y esperan que la monarquía los redimirá de las vegaciones, de las mentiras y desprecios con que los ha oprimido la república durante cuarenta años.”

Esto dijo entonces el periódico de Orizaba, pero la verdad exige que se agreguen aquí algunos pormenores que se han recogido despues sobre la compostura y adorno del camino por donde venian SS. MM.

Desde la Barranca de Villegas hasta la hacienda de Cuautlapa, fué compuesto el camino, y adornado con arcos, por los vecinos de Atzacan, Naranjal, Cuesala y Tenejapa. Las autoridades del primero de estos pueblos habian levantado á la entrada del puente de la Barranca de Villegas un hermoso arco que tenia la inscripcion siguiente:

*A S. M. I. y á su augusta esposa,
á quienes México, enmedio de su desventura,
llama como á su única esperanza,
el Pueblo de Santa-Ana
dedica esta inscripcion.*

Desde la cuesta del Cacalote hasta Escamela, los vecinos de Ixtasoquitlan habian levantado varios arcos, entre ellos uno muy notable como á unas quinientas varas antes de llegar á la garita.

En el llano de Escamela habia varios arcos dispuestos por los vecinos de Barrio-Nuevo, pero los mas dignos de atencion eran tres levantados bajo la direccion del ingeniero civil D. José María Montoya, á su costa y de los operarios del camino de que es director. Estos arcos tenian la apariencia de ser hechos de mamposteria, y eran obras de esquisito gusto.

Pero el tiempo se pasaba, y la comitiva imperial no parecia. Dieron las diez, las once, las doce, y aún no habia señales de su aproximacion. Para los que la esperaban á las diez, esta tardanza era un suplicio.

A cosa de las once entraron en la ciudad varios carruages. La gente se agolpó á ver... Eran el conde y la condesa Zichy, el conde Bombelles, el marques de Corio, y otros personajes de la casa imperial, los cuales continuaron el mismo dia su viage para Puebla y la capital.

SS. MM. habian salido efectivamente de Córdoba á las ocho de la mañana, acompañados del Sr. Hurtado de Mendoza, Prefecto político de aquella ciudad, de otras autoridades de ella y un gran número de vecinos; pero no habian podido correr tanto como querian los impacientes de Orizaba por los motivos que se van á decir.

Los Emperadores llegaron sin detenerse hasta la Barranca de Villegas, donde los esperaba el Prefecto político de Orizaba con las demas personas que se citaron antes. Aquel punto hervia de gente, que habia acudido de

los pueblos y ranchos comarcanos: solo del pueblo de Atzacan habia mas de doscientos vecinos, que estaban allí desde el dia anterior.

En el fondo de la Barranca hay una casa, propiedad de D. Francisco Contreras, y en ella se apearon SS. MM. para oír la felicitacion que les dirigió el Sr. Seoane á nombre del distrito de Orizaba. El respetable Prefecto, con una voz profundamente conmovida, dijo lo siguiente:

“Señor:

“Al cumplir en este momento con el deber que me impone la representacion de Prefecto político del Distrito de Orizaba, cumplo á la vez con los sentimientos particulares de mi corazon y con los que todo súbdito fiel debe tener con sus amados Soberanos.

“Yo vengo á dar á Vuestras Magestades la bienvenida y á felicitarlos por su arribo á nuestra Patria, en nombre de treinta y tres pueblos, en el de mas de cincuenta y tres mil súbditos leales, que agradecidos á la Divina Providencia por el bien que les ha hecho, dispensandoles un grande beneficio, la adoran y la bendicen.

“Esos pueblos, á cuya cabeza me encuentran Vuestras Magestades, ven en sus respetables y amables personas, á un guerrero valiente y generoso, que les defenderá su independenciam, les dará paz y bienestar; á un gobernante instruido, que los dirigirá por el sendero de la equidad y de la Justicia, y en ambas á unos padres amorosos á quienes serán deudores de todos los bienes que hacen la felicidad de los pueblos cristianos. Tributan por tantos favores á esa Providencia salvadora sus respetuosos homenajes, porque les dispensa aún su celestial amparo y proteccion; y á Vuestras Magestades rinden por mi medio el mas justo homenaje de su respeto.

“Recíbanlo Vuestras Magestades, y permítanme que con toda la efusion de unos corazones profundamente reconocidos, sea el intérprete fiel de los sentimientos que los animan, del único deseo que hoy tienen y por el cual anhelan, porque vivan Sus Magestades contentos y felices. Pueblos del Distrito de Orizaba: ¡Viva nuestro Emperador Maximiliano! ¡Viva nuestra Emperatriz Carlota!”

La multitud inundó el aire con ardientes aclamaciones, y el Emperador se dignó responder en los terminos mas afectuosos á la salutacion del Prefecto.

El Emperador y la Emperatriz habian tenido ya ocasion de admirar los bellos paisajes en que abunda esta parte de su Imperio, y se cuenta que una de las primeras frases del Emperador al encontrarse con las autoridades de esta ciudad, fué esta: "¡Qué hermosa es nuestra patria!"

Terminada la ceremonia de la Barranca, la comitiva imperial se puso de nuevo en camino entre el estrepito de millares de cohetes y el ruido incesante de las aclamaciones de la muchedumbre. Los vecinos de los pueblos ya citados, se habian colocado de trecho en trecho á lo largo del camino real, con ramos y flores; y al pasar los soberanos, los victoreaban con delirio agitando sus sombreros y sus ramilletes. Aquello era una inmensa procesion, que se estendia desde el Fortin hasta la ciudad por espacio de tres leguas, compuesta de personas de todas clases y condiciones, que se conmovian y agitaban con un mismo sentimiento.

Una de las peculiaridades características de aquel cuadro, fué la multitud de personas que salieron á caballo de esta ciudad hasta la Barranca de Villegas para ver á SS. MM. Pasaban de ciento, y casi todos montaban caballos magníficos con el traje pintoresco que usan los ginetes mexicanos. Esta vistosa cabalgata, que se formó sin preparacion alguna, y solo porque muchos tuvieron el mismo deseo de ver pronto á los soberanos, se incorporó á la comitiva imperial, y presentaba un hermoso golpe de vista. Al frente de ella, y como haciendo de gefe, venia en un arrogante corcel el Sr. D. José María Bringas, respetable vecino de Orizaba, que se distinguia por su gallarda apostura entre aquellos gallardos caballeros.

Al llegar á la garita de Escamela, la comitiva imperial se detuvo delante del arco antiguo que forma la puerta de la ciudad por aquella parte. Encima del arco, y al derredor del escudo, se leen estas palabras que son la divisa de la ciudad:

"Benigno el clima, fértil el suelo, cómodo el sitio, y leal el pueblo."

A la izquierda de este arco, viniendo del Oriente, se estiende en semicírculo un ancho espacio, frente á la garita que está en el lado opuesto. Allí se habia formado con ramos y flores una especie de salon rustico: varios postes vestidos en forma de columnas, sostenian el techo de follage, y todo presentaba el aspecto de un gran portico en perspectiva. En el respaldo del centro se habia colocado un trono, y delante de él una mesa cubierta de terciopelo carmesí bordado de oro; encima de la mesa habia una charola de plata, y sobre esta un precioso cojin con las llaves de oro de la ciudad.

Este salon rústico, obra de un gusto exquisito y de notable elegancia, que ademas de esto caracterizaba perfectamente las bellezas naturales de



S. S. MM. EN LA GARITA DE ESCAMELA DE ORIZABA

la tierra, habia sido formado por el Administrador de la Aduana D. José de la Luz Domínguez, de acuerdo con los Prefectos político y municipal. Parecía el compendio de esta rica vegetacion, y en torno de él se respiraba alegría y frescura.

Allí aguardaban á SS. MM. el Prefecto municipal con el Ayuntamiento bajo de mazas, el Presidente del Tribunal mercantil con sus secretarios, los jueces del ramo civil y criminal, el Administrador de la Aduana Sr. Domínguez, el de Correos D. José Manuel Tornel, y otros funcionarios. El venerable clero estaba representado allí por los Illmos. Sres. Colina y Suarez Peredo, obispo el primero de Puebla, y el segundo de Veracruz, por el Sr. Doctor D. Ambrosio Lara, Cura Párroco de Orizaba, por el Lic. D. Francisco Pineda, Cura de Ixtasoquitlan, y por otros varios eclesiásticos. El concurso de particulares era muy numeroso, y no bajarían de dos mil los que de la ciudad y pueblos comarcanos habian acudido á aquel sitio.

Al llegar á él SS. MM. todo el acompañamiento se dividió en dos alas, en medio de las cuales se apearon, y se dirigieron al salon entre los gritos de la multitud que los aclamaba. SS. MM. no se sentaron en el trono, sino que permanecieron en pié junto á la mesa: delante de ellos se colocó el Prefecto municipal Sr. Herrera con las personas que oficialmente le acompañaban, y en medio del silencio mas profundo dirigió al Emperador el discurso siguiente:

“Señor:

“Vengo á nombre de los habitantes de Orizaba á entregar las llaves de esta ciudad al Soberano de México, y á poner con ellas á los piés del trono el homenaje de nuestra fidelidad, de nuestra obediencia y de nuestra veneracion mas profunda. Me impone este deber tan grato como honroso, el puesto que ocupo al frente de este municipio, y soy fiel intérprete de sus mas caros sentimientos felicitando cordialmente á V. M. I. por su feliz arribo á estas playas, al mismo tiempo que la nacion toda se dá el parabien por este fausto acontecimiento que pone un término á sus desdichas.

“Orizaba, Señor, tuvo la gloria de ser una de las primeras ciudades del pais que manifestaron su adhesion al trono de V. M., y tiene hoy tambien la singular fortuna de ofrecer un descanso en su recinto al Príncipe generoso que, guiado por la Providencia, viene del otro lado de los mares á ser el salvador de este pueblo infortunado.

“Los habitantes de esta ciudad comprenden todo lo que vale esta altísima honra, y vienen llenos de júbilo y entusiasmo á expresar por ello su inmensa gratitud á los augustos monarcas que se dignan ser nuestros huéspedes. V. M. puede descansar de las fatigas del viage, como un padre entre sus hijos, en el seno de esta poblacion humilde, pero leal, que contará este dia por el mas venturoso de su historia; y yo espero, Señor, que las efusiones de entusiasmo con que hoy saluda Orizaba el glorioso advenimiento de V. M. I., no serán sino el modesto preludio de otras mas bien expresadas pero no mejor sentidas, con que ha de ser aplaudido y aclamado en todos los ámbitos del Imperio.

“Aquí están, pues, estos símbolos de la soberanía que Dios y la nacion han conferido á V. M. I.: dignese V. M. admitirlos como prendas de nuestra fidelidad inalterable y como testimonios del pleito-homenaje que de corazon le rendimos: y plegue al cielo escuchar los ardientes votos que hacemos por los preciosos dias de V. M. y de la Emperatriz, por la prosperidad del trono y de la dinastía, con cuya suerte están de hoy mas identificados de una manera irrevocable, la felicidad, la grandeza y la gloria del pueblo mexicano.”

El Emperador, en pie como se ha dicho, puesta una mano sobre la mesa, y teniendo á su lado á la hermosa Emperatriz, respondió con voz clara y sonora, y en los terminos mas afables y bondadosos, á la arenga del Prefecto municipal. En seguida volvieron SS. MM. á su carruaje, y la comitiva se puso de nuevo en marcha en medio de los vivas y aclamaciones de la multitud que inundaba la llanura.

Al salir de esta, y cerca de la capilla de Santa Gertrudis, donde empiezan las casas de la ciudad, ocurrió una circunstancia que reveló bien el entusiasmo público, y dió á conocer al mismo tiempo uno de los rasgos del noble caracter del Emperador, que si bien exige respeto de sus súbditos, no quiere que se lo demuestren con actos que parezcan humillaciones.

El pueblo quiso allí desenganchar las mulas del coche en que venian SS. MM. para tirar de él y entrar de este modo en la ciudad. Un peloton de hombres se acercó con este objeto al carruaje; pero el Emperador, en cuanto conoció de lo que se trataba, manifestó que no podia aceptar un homenaje de tal naturaleza. El pueblo insistía; y entonces S. M. haciendo ademán de querer apearse, les dijo que les agradecía mucho aquel obsequio, pero que les suplicaba le dejaran continuar de la manera que venia, ó que de lo contrario, él y la Emperatriz se bajarían del coche para entrar á pie en la ciudad. El Emperador dirigió particularmente estas

palabras á D. Marcelino Jacome, que fué el primero que echó mano á los tirantes para desengancharlos.

El pueblo se retiró, lleno del mas profundo respeto al generoso monarca, y siguió en pos de la comitiva imperial victoreando con mas ardor que nunca á los augustos viajeros.

Volvamos ahora á la ciudad.

Los que aguardaban en ella, habian oido á las doce y cuarto un cañonazo, el primero de los ciento uno con que se anunció la entrada de SS. MM. En aquel momento llegaban á Escamela.

Aunque la detencion allí fué corta, pareció un siglo á los que aguardaban. “La ansiedad no tuvo limites (dijo el *Indicador*) cuando el ruido de coches y caballos anunció que se acercaban SS. MM. Los corazones saltaron de entusiasmo, y las palpitations de muchos podian contarse por encima de la ropa, cuando las companas de la capilla de los Dolores, donde empieza la calle Principal, se echaron á vuelo.

¡Ahí están!—dijeron todos—y asomó en la calle Principal la alegre comitiva.

Era la una.

“Un numeroso piquete de caballería pasó primero; la cabalgata de ginetes mexicanos venia por un lado; seguian al piquete de caballería varios coches con autoridades, obispos y otros eclesiásticos, miembros del Ayuntamiento, individuos de la servidumbre imperial y otros personajes. Por fin, la carroza imperial entró bajo los arcos.

“La multitud se descubrió; los indios que estaban sentados á lo largo de las aceras con sus curas, se pusieron en pie, apoyados muchos de ellos en sus bastones con puño de plata, porque eran alcaldes. Allí estaban, fijos los ojos y el pensamiento en lo que venia, serios y graves con la representacion de sus municipios, no obstante su vestimenta humilde, sus piernas desnudas y sus piés descalzos.

“Avanzaron los carruages: eran coches, carretelas, diligencias, guayines, todos de aspecto tan modesto, que no parecia posible que ninguno de ellos sirviera para un Emperador.

“La gente no se figuraba que pudiera venir sino en una carroza magníficamente blasonada, tirada por caballos relucientes.

“Había, sin embargo, entre aquellos vehículos, uno en torno del cual se apiñaba la multitud, y en pos de él cabalgaban en arrogantes corceles, personajes vestidos de lujosos uniformes, entre los cuales se distinguía el general D. Francisco Tamariz.